Pedro Mañas Romero

Una terrible palabra de nueve letras

Ilustraciones de Ximena Maier

ANAYA

III PREMIO DE LITERATURA INFANTIL CIUDAD DE MÁLAGA, 2012

Esta obra ha sido galardonada con el III Premio de Literatura Infantil «Ciudad de Málaga» 2012, convocado por el Ayuntamiento de Málaga en colaboración con Anaya y coordinado por Antonio A. Gómez Yebra, quien formó parte del jurado junto a Concha López Narváez, José Antonio del Cañizo, Pablo Aranda y Pablo Cruz.

Ayuntamiento
de Málaga
Área de Educación

Contenido

Cubierta
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
Créditos

Para Tete, que es todo un artista.

1

Pamela Greenwood tenía cincuenta y siete años largos, treinta y dos dientes amarillos, diez uñas pintadas de rojo sangre y tres juanetes aprisionados en unos viejos zapatos de tacón. Era ese tipo de mujer de la que se pueden esperar frases como «Creo que tomaré otra copa de jerez», «No hay nada que abrigue como la piel auténtica» o «Ve a jugar a tu cuarto, mocosa». Lo que de ningún modo cabía esperar de la señora Greenwood era oírle decir algo como «¿No sería genial que fuésemos amigas?». Y, sin embargo, lo dijo.

Pamela Greenwood era una vieja actriz retirada —al menos eso es lo que ella aseguraba— que trabajaba para la gran Compañía de Juguetes McMillan. Todo lo que la señora Greenwood tenía que hacer era ponerse de pie frente a un micrófono y recitar un puñado de frases escritas sobre una pizarra blanca. Cada frase era cuidadosamente registrada en un diminuto chip electrónico, que después iba a parar a la tripa de un unicornio de peluche, al brazo articulado de un robot, o a la cabeza de una muñeca. Así es como la Compañía de Juguetes McMillan conseguía que sus muñecas siempre pidiesen ser amigas de otras muñecas, que sus robots siempre pidiesen destruir otros robots, y que sus unicornios siempre pidiesen… bien, lo que sea que pidan siempre los unicornios.

—Quiero hacer pis… —suplicaba la señora Greenwood con voz de bebé.

—Ten dulces sueños… —susurraba con voz de oso de peluche.

—Qué asco de empleo… —suspiraba con voz de señora Greenwood.

A Pamela Greenwood no le gustaba su trabajo. Claro que, probablemente, a muchos niños tampoco les hubiera gustado saber que, cuando cada noche apretaban el ombligo de su osito para que les desease dulces sueños, en realidad era como si metiesen en su cama a una desconocida con uñas color sangre y juanetes en los pies. Decididamente, hay cosas que es mejor no saber.

—¿No sería genial que fuésemos amigas? —canturreó aquella mañana Pamela Greenwood, con su mejor voz de muñeca de plástico.

—¡Vale para sonido! —confirmó un hombre que, desde el

otro lado de un panel de cristal, escuchaba a Pamela a través de unos enormes auriculares—. ¡Siguiente!

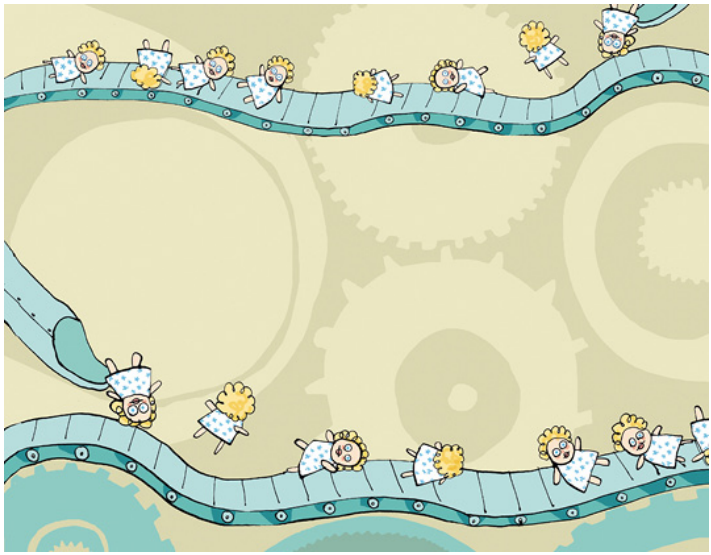
«¿Por qué no me cambias de ropa?». «¡Cuéntame un secreto!». «¿Y si jugamos a las princesas?». La mujer continuó recitando mecánicamente cada una de las frases de la pizarra. Al otro lado del cristal, el técnico de sonido hacía su trabajo entre enormes y silenciosos bostezos. Seguramente a él tampoco le gustaba su trabajo.

Tras pronunciar la décima y última frase, la señora Greenwood carraspeó con fuerza, se raspó la saliva seca de los labios con una de sus rojísimas uñas y examinó con gesto de disgusto las diez frases que acababa de recitar. Se le ocurrió preguntarse qué pinta hubiera tenido voceando aquellas memeces sobre el escenario de un teatro.

—Todo lo que me hacen decir —murmuró al fin, esta vez con su propia y amarga voz— es una auténtica…

El que yo me detenga ahí no significa que ella se detuviera. Por supuesto que no. El problema es que la persona que me contó esta historia se negó a revelarme la palabra exacta que utilizó la señora Greenwood a continuación. Quizá le pareció demasiado espantosa, quizá no quiso que yo la escuchara o, quizá, simplemente, la había olvidado. He llegado a imaginar cosas terroríficas. El caso es que, después de duras investigaciones, todo lo que he podido averiguar es que se trataba de una palabra de nueve letras. Una terrible palabra de nueve letras: §×@¤$ø#µ&.

Claro que, por muy terrible que fuese la palabra, no se la puede culpar a ella de que la señora Greenwood la pronunciase frente a un micrófono. Tampoco fue culpa suya que un técnico perezoso y distraído pulsase el botón de grabación en el momento equivocado. Y aún menos que aquella frase inesperada fuese a parar a un minúsculo chip electrónico, que siguió tranquilamente su camino hacia la fábrica de la Compañía de Juguetes McMillan.



Casi un mes después, una legión de quinientas muñecas sonrientes avanzaba sobre una cinta mecánica con rumbo a las mejores jugueterías del país. Y, bajo su cabello rubio, su brillante vestido y su sonrisa traviesa, todas ocultaban la misma palabra en su interior. Una terrible palabra de nueve letras.

2

Amanda Banks tenía siete años, dos coletas y nueve lombrices en una caja vieja de bombones llena de tierra húmeda. Se esperaba que, como la señora Greenwood, algún día llegaría a tener también treinta y dos dientes, pero, de momento, un par de huecos negros le daban a su encantadora sonrisa el aspecto de un piano diminuto. Era esa clase de niña que dice cosas como «¿Puedo salir a hacer pis?» y «¿Por qué ella tiene más que yo?». Quiero decir que era una niña normal. Normal…, salvo porque no solía decir cosas como «Quiero esa muñeca».

¡Desgraciadamente, también lo dijo!

Amanda tenía dos hermanas, Vera y Marcia. Los señores Banks solían bromear diciendo que solo sabían fabricar niñas. Vera apenas había dejado de ser un bebé, y tenía cientos de juguetes. Marcia casi había dejado de ser una niña, y tenía cientos de amigos. Amanda estaba en esa edad en la que uno ya ha tenido tiempo de romper un montón de juguetes, pero aún no ha tenido tiempo de hacer un montón de amigos. Quizá por eso deseaba, por su octavo cumpleaños, un juguete que pudiera servirle de amigo.

Amanda no tenía nada en contra de las muñecas, los osos o los coches de bombero. Nada, excepto que no le parecían auténticos juguetes.

—¿Qué significa eso? —preguntó su padre—. No podemos comprarte algo más caro.

—¿Tú sabes qué juguetes teníamos nosotros a tu edad? —apostilló su madre.

Amanda suspiró hacia un lado, haciendo temblar su coleta

izquierda. Había escuchado contar a sus padres cientos de veces cómo, de pequeños, ellos mismos fabricaban sus juguetes con cajas de cartón y ruedas de bicicleta viejas. El caso es que ella no se refería al precio del juguete. Se refería a que quería un juguete de verdad.

Los coches de juguete están bien, pero no pueden llevarte a ninguna parte. Los osos de peluche están bien, pero no son capaces de robar un tarro de miel de la nevera. Las muñecas están bien, pero nunca cuentan nada interesante.

A Amanda Banks le gustaban los juguetes auténticos. Por eso, en cierto modo, sus nueve lombrices resultaban mucho más divertidas que cualquier juguete. Tal vez aún no habían aprendido a salir de la tierra cuando las llamaba, pero eran auténticas.

Así, el día de su octavo cumpleaños, los Banks cogieron algo de dinero, dos paraguas y toda su paciencia, y acompañaron a su hija mediana a una juguetería cualquiera.

—¿Qué te parece este tren?

—Solo sabe dar vueltas. —Se encogió de hombros la niña.

—¿Y ese disfraz de policía?

—¿Para detener a quién?

—Mira aquella cocina.

—Aún no sé cocinar.

—Es para que juegues, tonta. ¿Ves? Tiene un montón de comida de mentira.

—Nadie va a venir a cenar si sirvo comida de mentira.

Con Amanda resultaba difícil discutir. La niña siguió vagando sin rumbo y sin prisa por la tienda. De vez en cuando, algún objeto llamaba su atención.

—Me gusta eso.

—¡Eso es el extintor de incendios! Y no es un juguete, sirve para apagar fuegos.

—¡Qué estupendo! ¿Los apaga de verdad?

—Ya vale, Amanda. O eliges algo tú, o lo elegimos nosotros.

La niña se acercó a la sección de las muñecas. Decenas de ojos de plástico miraban, como embobados, por encima del hombro de la chica, en dirección al estante de los musculosos muñecos soldado. Amanda, fastidiada, se entretuvo en ir girando las figuras un cuarto de vuelta a la izquierda, para que pudieran ver la lluvia que caía sobre la acera. Al pellizcar accidentalmente el cuello de una de ellas, la muñeca soltó de repente:

—¿No sería genial que fuésemos amigas?

—Bueno —contestó Amanda.

3

Con la persiana bien cerrada, el pestillo echado y la luz apagada, Amanda había transformado su cuarto en una pequeña fortaleza. Solo una linterna plantada sobre el suelo proyectaba un débil resplandor, haciendo brillar las motitas de polvo que flotaban por el aire. Se oyó el crujir de un papel de regalo.

A Amanda Banks le gustaba abrir sus regalos en la intimidad.

La muñeca parlante salió tiesa y sonriente de su caja de cartón, y la niña la sentó sobre su caja de lombrices, bastante emocionada. Su hermana Vera apenas si sabía repetir cosas como «gu-gú» y «nene». Las cosas que repetía Marcia eran aún peores. De modo que Amanda estaba deseando tener su primera conversación de verdad.

—Hola —dijo sencillamente la niña, presionando entonces el cuello de la muñeca.

—¿No sería genial que fuésemos amigas? —repitió la muñeca con su voz enlatada.

—Sí…, ehm…, por eso te he traído. Ahora estás en mi casa —explicó Amanda sonriendo, volviendo a accionar el mecanismo de su nueva amiga.

—¿Por qué no me cambias de ropa? —replicó descaradamente la muñeca. A la niña aquello le pilló por sorpresa.

—¿Ahora? No sé… ¿No prefieres hablar un poco antes? ¿Qué sabes hacer?

—¿Salimos a tomar una hamburguesa?

—¿Salir? Lo siento, no puedo salir de casa a estas horas.

—Hace un día estupendo para ir a la playa, ¿verdad?

Amanda empezó a irritarse.

—¿No me has oído? Es de noche, está lloviendo, y no hay playas por aquí.

—Estoy viendo a un chico muy guapo.

—¿Qué dices? ¿De qué chico hablas?

—Sería fabuloso abrir nuestra propia tienda.

—Eres sorda, ¿verdad? —replicó Amanda, ya francamente irritada.

—¿Y si jugamos a las princesas?

—¿Y si jugamos a arrancarte un brazo?

—¡Cuéntame un secreto!

—¡No!

—Esta noche daremos una fiesta de pijamas.

—No.

—Qué bien lo pasamos siempre juntas,¿a que sí?

—No.

Amanda se sentía muy decepcionada. No es que fuera tan ingenua como para creer que aquella muñeca fuese mágica, pero al menos esperaba que fuese inteligente. Y resulta que no era más que un tocadiscos con faldas. Todo lo que sabía hacer era repetir un montón de frases sin sentido. Igual que Vera. O incluso igual que Marcia. Su muñeca tenía exactamente los mismos temas de conversación: chicos y vestidos.

—¿Te crees muy lista, verdad? —le largó con rabia, agarrándola del pescuezo—. ¿Ya has terminado de decir tonterías?

Pues no. A la muñeca todavía le quedaba algo por decir. Aunque su última frase, la que hacía la número once, la pronunció con una voz extraña, áspera y amarga como la de una bruja:

—¡Todo lo que me hacen decir es una auténtica $×@¤$ø#µ&!

Asustada, Amanda arrojó el juguete lejos de sí, como si le hubiera dado un mordisco.

La muñeca fue a parar bajo la cama, y allí se quedó, dormitando tranquilamente entre montones de pelusa durante varios días.

La palabra de nueve letras, sin embargo, fue a parar desde el primer momento a la cabeza de Amanda.

4

Los jueves por la noche, los señores Banks solían recibir visitas en casa. La cosa no tendría nada de especial de no ser porque los jueves por la noche también era cuando se emitía el programa de televisión favorito de Amanda. Y lo malo era que nunca sabía si las visitas se marcharían a tiempo para poder disfrutar de la televisión del comedor. Por eso, los jueves por la noche eran también el momento en el que Amanda Banks se ponía al borde del infarto.

Aquel jueves, los invitados a la cena eran tres hombres y dos mujeres. A Amanda le sonaban sus caras, pero no le interesaban demasiado, puesto que a ellos tampoco les interesaba demasiado Amanda. Vera y Marcia, en cambio, se sentían a sus anchas durante aquellas reuniones. A las visitas les encantaba comprobar lo pequeña que seguía siendo aún su hermana pequeña, y lo mayor que se había hecho ya su hermana mayor. A los invitados se les caía la baba con sus bobadas.

A las diez y doce minutos, Amanda emprendió un sordo ataque contra sus padres.

—Papá —susurró—, ¿voy a poder ver la tele?

—Hija, por favor, no empieces con lo de todos los días. Déjanos disfrutar de este ratito.

—Pero, mamá… —suplicaba Amanda, un poco más alto—, ¡solo quedan quince minutos!

—Amanda, tengamos la fiesta en paz.

—¿Es que quieres amargarnos la noche? —intervino de pronto Marcia, dándose aires de persona mayor. Amanda sintió una dolorosa punzada de traición a la altura de la nuca.

Entonces se dio cuenta de que la animada conversación se había detenido, y de que ahora todos estaban pendientes de ella. Ya no le importaba tanto ver la televisión como demostrar a las visitas que aquella casa también era *su casa* .

—¡Pues yo quiero ver la tele! —insistió, levantando un poco la voz.

—¡¡¡No grites, Amanda!!! ¡No grites o vendrá tu madrina y se lo contaré todo!

Normalmente, cuando los adultos quieren asustar a un niño le amenazan con que va a venir el coco o el hombre del saco. El coco de los Banks era la madrina de Amanda. «A tu madrina no le gustará que te dejes el brócoli». «Si no ordenas tu cuarto, vendrá tu madrina». «Llamaré a tu madrina y verás». La madrina de Amanda era una vieja amiga de sus padres. Vieja porque la conocían desde hacía mucho, y vieja porque era vieja. Al menos a Amanda le parecía viejísima. Usaba un perfume mareante y fumaba todo el tiempo unos apestosos cigarrillos. Además, no parecía importar demasiado que uno se hubiera portado bien o mal. La madrina nunca dejaba de ser antipática.

—Me da igual —les desafió Amanda—. Que venga.

—Tienes el salón para ti todos los días —intentó negociar su padre—. ¿No podrías ver algo que pusiesen en la tele a cualquier otra hora?

—Todo lo que echan a otra hora… —Amanda respiró profundamente—. ¡Todo lo que echan a otra hora es una auténtica §×@¤$ø#µ&!

Las visitas enmudecieron. La palabra de nueve letras que Amanda acababa de pronunciar se quedó rebotando un buen rato por las paredes del salón. La niña, dándose cuenta de que había cometido un gran error, miró al suelo, avergonzada.

—¿Quién… quién diablos te ha dicho eso? —oyó decir a su padre tras unos segundos.

—Mi… mi muñeca —contestó la niña con un hilillo de voz.

—¿Qué muñeca? Di la verdad. Esa palabrota, ¿dónde la aprendiste?

—Ella lo dijo… mi muñeca… dijo… ella dijo que todo era una auténtica… *eso* .

Amanda levantó la vista hacia su padre, esperando un poco de ayuda. Lo que descubrió entonces la dejó boquiabierta. Bajo sus cejas arrugadas y su voz grave, su padre estaba… ¡estaba intentando no soltar una carcajada! Resultaba evidente que, aunque hacía un gran esfuerzo para regañarla, por dentro se estaba muriendo de risa.

Los ojos de Amanda recorrieron los rostros del comedor. Había bocas abiertas, bocas cerradas, medias sonrisas, cejas arriba, cejas abajo, labios apretados y sin apretar… ¿Qué estaba pasando? ¿Había dicho algo bueno o algo malo? ¿Por qué todos tenían cara de estar haciéndose pis?

Al fin, fue Marcia la que soltó la primera risotada. Las visitas, aliviadas, se sumaron con entusiasmo. Hasta la señora Banks esbozó una sonrisa un poco vergonzosa.

—Ya veis a qué ritmo aprenden los niños de hoy en día —comentó.

—Desde luego, tiene carácter —añadió alguien.

—Ven, bonita, no te enfades y siéntate aquí —dijo por fin la mujer más joven, retirándose la servilleta de la falda y sonriendo amablemente a Amanda.

Aquella noche no se encendió la tele en casa de los Banks, y lo curioso es que Amanda ni siquiera se dio cuenta. Por una vez, se había convertido en la protagonista de la velada. Los invitados le preguntaron qué edad tenía, cómo era su colegio, cuál era su asignatura favorita, y cuál, en cambio, le parecía una auténtica §×@¤$ø#µ&.

—¡Por favor! —rogaba el padre de Amanda, a punto de llorar de risa—, no la animéis a que siga diciendo *eso* .

Pero fue él mismo el que, poco antes del postre, explicó a los invitados:

—El secreto de mis albóndigas está en el toque de canela, y en dejar que se cocinen despacio. Y no como las de lata, que son una auténtica… ¿una auténtica *qué,* Amanda?

—¡Son una auténtica §×@¤$ø#µ&! —canturreó la niña, coreada por todos los demás.

Luego su madre la acompañó a su cuarto. Tenía las mejillas encendidas y el flequillo despeinado.

—Oye, Amanda, ha sido una noche divertida y nos hemos reído mucho. Pero no debes repetir esa palabra nunca, ¿me

oyes? Es una palabrota muy fea.

Luego le dio un beso de buenas noches en la nariz y cerró la puerta de la habitación.

Amanda se dejó caer sobre la cama con una gran sonrisa. Acababa de comprender por qué la llamaban «palabrota». Realmente, era una palabra enorme. Tuvo la impresión de que durante toda su vida no había usado más que «palabritas». ¿Qué no la repitiera? ¡Iba a repetirla hasta desgastarla!

5

El mejor amigo de Amanda se llamaba Ralph, y solía decir cosas como:

—Te he encontrado otra lombriz.

En efecto, una pegajosa y reluciente lombriz se enroscaba perezosamente al meñique del niño, como un elegante anillo que intenta decidir en qué dedo luce más.

—¿No serán muchas lombrices para una caja tan pequeña? —dudó Amanda.

—Donde comen nueve, comen diez —replicó sensatamente el niño.

La muchacha se encogió de hombros, deslizó la lombriz en el interior de su bolsillo y echó un vistazo alrededor. Había dejado de llover. El sol del mediodía recalentaba el cemento del patio, secaba los charcos e iba convirtiendo el barro en arena poco a poco.

—Bueno, ¿a qué jugamos?

A Ralph, como a su amiga, no le gustaban los juguetes inútiles. Por eso tampoco le gustaban los juegos inútiles. Y por eso a Amanda le gustaba Ralph. Mientras que, a su alrededor, el resto del colegio intercambiaba cromos o amasaba pasteles de barro, Amanda y Ralph preferían jugar a «juegos de verdad». Algunos días, escarbaban en la arena en busca de monedas perdidas y objetos olvidados. Otros, recolectaban moscas muertas para las lombrices o migas de bocadillo para los pájaros. Unos pocos, se aburrían porque no había nada útil que hacer. Pero nunca tras una tarde de lluvia.

—Hay un río en el barro y las hormigas no pueden volver al hormiguero —anunció Ralph, preocupado.

—Bien. Empecemos —contestó Amanda, que sabía lo que se esperaba de ella.

Primero, intentaron levantar una sólida presa de barro para abrir paso a la legión de hormigas, pero la corriente siempre acababa por desmoronarla, arrastrando cada vez a algún insecto despistado que hubo de ser rescatado con un envoltorio sucio de patatas fritas. Entonces comenzaron a reunir piedras y ramas secas para construir un puente. Las hormigas se acercaban a curiosear a la orilla del río, impacientes.

—¡Bichos bobos! —protestó ella—. ¿Las que casi se ahogan no podrían avisar al resto?

—¿Y cómo quieres que se avisen las hormigas? No hablan.

—Ya sé que no hablan —gruñó Amanda—. Pero podrían decirlo… con las antenas.

—¿Cómo van a decir nada con las antenas?

—¡Pues muy fácil! —Amanda desenterró las manos sucias del fango—. Si quieren decir «Vamos por la derecha», mueven las antenas hacia la derecha. Así…, ¿ves?

—De acuerdo —aceptó Ralph, burlón—. ¿Y si quieren decir… «Vamos por la derecha, que es un camino más largo, pero más bonito, y nos paramos a merendar a la orilla de un charco»? ¿Qué hacen entonces con las antenas, eh?

Amanda no quedó muy convencida. Estaba segura de que las hormigas eran capaces de decirse algún tipo de palabras. «Quizá hasta pueden decirse palabrotas», pensó.

—¡No mires! —susurró de pronto Ralph, sin levantar la vista del agua—. Ahí viene *Bilis* .

No se llamaba Bilis, pero hasta él mismo se presentaba así. Billy Cooper tenía un año más que Ralph y Amanda, pero había repetido curso. Por suerte para ellos, Billy asistía a una clase de «alumnos con conductas peligrosas». A Amanda aquel nombre le parecía bien, pero se preguntaba por qué entonces su propia clase no se llamaba «clase para alumnos en serio peligro». En serio peligro de que Billy les partiera la cara.

—¡Nos ha visto! Acuérdate: no mires, no hables, no respires.

Billy era un chaval extraordinariamente fuerte. No «fuerte» como los muñecos soldado de la juguetería. No tenía músculos ni nada de eso. Al contrario, era todo piel y huesos. Era fuerte porque nada parecía importarle de verdad. Billy era como esas personas capaces de jugarse su casa, su coche y su perro en una partida de póquer, solo por ver la cara de miedo que pones. Era como si nunca tuviera nada que perder.

—¡Ya está aquí!

Amargo e irritante como la bilis. Así era Bilis.

—¿Qué hacéis? —preguntó Bilis, con la peor de sus sonrisas.

—Un puente para que crucen las hormigas —respondió Amanda, como si tal cosa.

—Voy a ayudaros.

Las palabras significan cosas distintas según las diga una persona u otra. Para Amanda y Ralph, por ejemplo, la palabra «jugar» significaba algo distinto que para los demás niños del recreo. Si un profesor de Ciencias dice en clase «Ahora les voy a contar algo muy interesante», seguramente va a hablar de la metamorfosis del renacuajo o de la vida secreta de los murciélagos. En cambio, si un presentador de la tele dice «Ahora les voy a contar algo muy interesante», seguramente trata de venderte un aspirador o un juego de cacerolas. Cuando Billy decía «Voy a ayudaros», en realidad quería decir «Voy a divertirme». «Voy a divertirme sin pedir vuestra opinión ni la de las hormigas».

Bilis comenzó a retirar las piedras del puente y a desperdigarlas por en medio del río.

—¿Qué… qué haces?

—Islas —replicó sencillamente Billy—. Dame esas ramas.

Ralph, acobardado, le pasó a Billy un puñado de ramitas secas, que el chico se puso a convertir concienzudamente en astillas.

—Pero se trata de que las hormigas crucen el río.

—Así es más divertido.

Lo que Billy entendía por «divertido» era un auténtico misterio.

—Te estás cargando el puente —protestó Amanda—. Quédate con las ramas y las piedras, pero trabaja un poco más allá. Todo el resto del río es tuyo. ¿Me oyes? ¡Billy!

—Me llamo Bilis.

—Vale, Bilis. Vete un poco más allá. Necesitamos que las hormigas…

—Sí —dijo Billy de pronto, levantando la vista hacia Amanda con un brillo amenazante en los ojos—. Tienes razón. Mejor me voy un poco más allá.

El chico se incorporó y, fingiendo que dudaba en qué dirección avanzar, adelantó su vieja zapatilla deportiva hacia la fila de hormigas. Vigilaba de reojo el suelo y sonreía.

La suela sobrevoló peligrosamente decenas de vibrantes antenas.

—No, Bilis, por favor…

—O mejor voy por aquí —cambió de opinión, soltando una pequeña carcajada.

—¡No las pises!

—No, no, mejor por allá —cada vez reía más alto.

—¡Billy!

La zapatilla se clavó al fin en el barro.

—¿O por aquí? —siguió él, aunque su risa apenas permitía ya entender las palabras.

El chico comenzó a girar sobre sí mismo, hundiendo una y otra vez los pies en el suelo, con toda la fuerza de que era capaz. Muchas hormigas se retorcían ya patas arriba, medio enterradas en la arena. El chico reía, fascinado con su juego de «¡Por aquí!» y «¡Por allá!». Amanda tuvo la sensación de que aquel no era un niño de verdad, sino solo un gran saco de horribles carcajadas. Carcajadas que tenía que soltar poco a poco para no reventar. Carcajadas que solo escapan del cuerpo haciendo cosas crueles.

—¡¡¡Para, para!!! —chilló, empujándole, tirando de su camiseta descolorida, tratando de agarrar sus zapatillas y chafando ella misma, sin querer, alguna hormiga. Pero no paró.

—¡Billy Cooper! —chilló, desesperada— ¡Vete a la §×@¤ $ø#µ&!

Por segunda vez en poco tiempo, Amanda se quedó helada al descubrir los efectos de la palabrota mágica. Billy se había quedado muy quieto y su piel blanca empezaba a ponerse roja. No roja de furia ni de rabia. Roja de vergüenza. Bilis se había ruborizado.

—Pues tú vete a la… —farfulló, muy confundido, incapaz de encontrar una palabra peor que la que había usado Amanda

—. Vete a… tú… coge tu culo y vete a… iros los dos… Comeos vuestras hormigas y… ¡bah! ¡Solo eres una niña! ¡Y tú, otra!

Luego dio media vuelta y se marchó. Ralph miró a su amiga, aturdido.

—¿Qué ha pasado?

6

—¿A Bilis? Imposible.

—Nadie puede con Bilis.

—¿Quién ha sido?

—¿Qué ha pasado?

—¿Amanda? ¿Qué Amanda?

—¿Pero qué le ha dicho exactamente?

La noticia comenzó a circular de niño en niño cuando sonó el timbre del recreo y se formaron las filas para regresar a clase. Para cuando el último muchacho se hubo sentado en su pupitre, todos sabían ya lo sucedido entre Amanda Banks y Billy Cooper.

—¿Por qué se lo has contado? —preguntó la niña a Ralph, un poco enfadada.

—No me dijiste que no lo contara.

—¡No he tenido tiempo de decir nada! No les habrás chivado la palabra…

—¡Claro que no! —se defendió Ralph—. Es que se me ha olvidado. ¿Cómo era?

Amanda soltó un bufido, dio la espalda a su amigo y se puso a hurgar en la cartera en busca del cuaderno de Lengua. Cuando levantó la vista, descubrió a ocho o diez niños rodeando su pupitre:

—¿Vas a contárnoslo o qué?

—¿Qué le dijiste, Amanda?

—¿Es verdad que has hecho llorar a Bilis? ¿Que le has hecho ponerse de rodillas?

La chica se sintió aturdida. Ya he dicho que no estaba acostumbrada a ser la protagonista de nada. Era una de esas

niñas cuyo apellido casi nadie recuerda.

—¡Si yo solo le dije que se fuera!

—Sí, sí, que se fuera… Pero que se fuera ¿a dónde? Es lo que queremos saber.

Amanda pensó que no era buena idea soltar la palabrota allí mismo, delante de todos.

—No sé si decirlo…

—¡Venga, dilo antes de que venga el profe!

—Di al menos con qué letra empieza.

Un chaval con gafas de la tercera fila plantó una bolsa de gominolas sobre el pupitre.

—Te doy cinco ositos rojos si me la dices al oído. Pero solo a mí.

—¿Qué?

—Bueno, diez.

El que a Amanda no le gustasen los osos de peluche no significa que no le gustase ninguna clase de osos. Los de goma y azúcar le volvían loca. Especialmente los rojos.

Todos contuvieron la respiración y aguzaron el oído cuando Amanda acercó su boca a la oreja del chico de las gominolas. Pero no pudieron entender nada. El muchacho, en cambio, sonrió maliciosamente, rescató diez ositos rojos de su bolsa y los dejó caer sobre el cuaderno de Amanda. Un osito por letra y otro de regalo. Amanda apenas había mordisqueado el primero cuando una chica de trenzas rubias la agarró por los hombros.

—¡Dímela a mí también! ¡Bilis siempre me está tirando de las trenzas!

—¡No! —protestó el niño de la tercera fila— ¿A mí me cuesta diez osos y a ti nada?

Justo entonces se abrió la puerta y entró el señor Blanchard. Se armó un revuelo y todos galoparon a sus sillas. Blanchard ni siquiera solía decir «Buenos días».

—Los sustantivos —comenzó a recitar de memoria, quitándose la chaqueta— definen personas, lugares, conceptos o cosas. Pueden ser comunes o propios, individuales o…

Cuando, media hora más tarde, Amanda sintió que en su cabeza no cabía ni medio sustantivo más, alguien a su espalda le alargó una notita de papel muy bien doblada.

¿ME LA DICES, SÍ O NO?

Era todo lo que decía la nota.

La muchacha de las trenzas le sonreía con angustia desde la última fila. Amanda lo pensó un momento. Luego dio la vuelta a la hoja y garrapateó nueve letras sobre el papel. Aunque no

fueron las nueve letras que la chica rubia estaba esperando:

TE LA VENDO .

7

Aquella tarde, Amanda regresó a casa con una gran sonrisa en la cara y ochenta y dos ositos de goma dentro de la mochila.

No solo había «vendido» su palabra a un total de once niños. También se había convertido, por un día, en la niña más importante de la clase. La única que tenía el arma definitiva contra Billy Cooper.

En la soledad de su habitación, la niña destapó su caja de lombrices y esparció sobre la tierra húmeda unas cuantas gominolas. Ochenta y dos ositos de goma son más de los que ninguna niña puede digerir. Las lombrices, sin embargo, no parecieron en absoluto interesadas y se ocultaron de nuevo en la tierra. Amanda se tendió en el suelo y suspiró.

Entonces la vio. Casi se había olvidado de ella. Seguía tendida bajo la cama con los ojos bien abiertos, esperando a que alguien la hiciese hablar de nuevo. Amanda la alcanzó y le sacudió las pelusas enredadas en el pelo.

—¿Qué hay, muñeca? ¿No tendrás más palabras escondidas por ahí?

—¿No sería genial que fuésemos amigas?

Eso no era nada nuevo. Amanda continuó apretando el cuello de la muñeca y escuchando distraídamente aquellas frases que ya conocía:

—¿Salimos a tomar una hamburguesa?

—Estoy viendo a un chico muy guapo.

—Sería fabuloso abrir nuestra propia tienda.

En aquel momento Amanda se detuvo, pensativa. «Abrir nuestra propia tienda…».

—Bueno —le dijo al fin a la muñeca—, eso sí es algo interesante. Pero no sé si mi hermana querrá ayudarnos.

Amanda agarró su muñeca, asomó la nariz por una rendija de la puerta y escudriñó el pasillo. Nadie. Sus padres debían de estar atendiendo al bebé. La chica abrió la puerta con sigilo y dio unos golpecitos muy suaves en la puerta de enfrente.

—Soy Amanda —susurró.

—No he cogido tus rotuladores —contestó una voz desde el otro lado—. No puedes usar mi ordenador. No tengo tiempo de ayudarte con los deberes, y no me apetece jugar a nada. ¡Gracias!

—Déjame pasar, por favor.

—¡Jo! Pasa, pero no toques nada.

La habitación de Marcia era territorio sagrado. No se podían mirar los pósters. No se podían leer los papeles. No se podían

abrir los cajones. Todo permanecía cuidadosamente cerrado: los armarios, los libros y la boca de su hermana.

—Hola.

Marcia estaba tecleando furiosamente frente al ordenador, y ni siquiera se volvió a mirar a Amanda. Solo soltó un gruñido que parecía querer decir cualquier cosa menos: «¡Hola, encantada de verte por aquí!».

—¿Qué haces? —preguntó Amanda a la espalda de su hermana.

—Cosas —gruñó la espalda—. ¿Qué quieres?

—Pedirte un favor.

—¡Jo! Venga, di lo que sea.

—Marcia…, ¿tú sabes palabrotas?

Marcia dio media vuelta en su silla giratoria.

—¿Palabrotas?

—Ya sabes, esas cosas que no se pueden decir. Bueno, sí se pueden decir, pero no se dicen. Bueno, se dicen, pero no se pueden decir. Es decir, palabras que…

—¡Jo! ¿Crees que soy tonta? Ya sé lo que son las palabrotas. ¿Para qué las quieres?

—Pues para… para defenderme de un niño del cole. —Amanda enrojeció ligeramente. Sabía que aquello no era del todo una mentira, pero tampoco era del todo la verdad.

—No sé. ¿Qué me das si te las digo?

Amanda reflexionó un instante. No tenía mucho que ofrecer.

—¿Quieres mi muñeca nueva?

La niña se la alargó a su hermana.

—¡Jo, no tengo ocho años!

—¿Ositos de goma?

—¡No tengo cinco años!

—Entonces di tú algo.

—Bueno, a ver… ¿Crees que podrías averiguar cosas sobre un chico?

—¿Un chico que te gusta?

—Eso no te importa. El caso es que tiene un hermano menor en tu curso. Solo tienes que ir y enterarte de algunas cosas… En qué clase está su hermano, cuál es su cantante favorito, si tiene novia… Esas cosas.

—Entonces, es que te gusta.

—¡Jo! ¿Te interesa, sí o no?

—Vale —aceptó Amanda—. Pero tú tienes que escribirme todas las palabrotas que sepas.

Marcia arrancó una hoja de papel de una libreta e hizo memoria. Luego comenzó a escribir, mientras su hermana

curioseaba por encima de su hombro.

—¿Qué pone ahí? —preguntaba Amanda de vez en cuando —. ¿Pelos o perros?

—Pedos.

—Ah —comprendió la niña, echándose a reír.

Al terminar, Amanda observó la lista detenidamente. Aquellas no eran palabras tan terribles como su palabra de nueve letras. Incluso conocía algunas. Pero podían servir.

—De esto ni una palabra, ¿eh? —advirtió Marcia, dando por terminada la conversación.

—Tranquila. —Amanda dobló cuidadosamente la hoja y la ocultó en su calcetín—. Pero no me has dicho a quién le tengo que preguntar sobre ese chico que te gus… Ese chico.

—Ah, sí. Se apellidan Cooper. Creo que el pequeño se llama Billy. ¿Te acordarás?

—¿Billy Cooper? —Amanda tragó saliva—. Yo… Eh… Creo que sí.

8

¿Te imaginas que las palabras costasen dinero? De ser así, tendrías que haber ahorrado la paga de muchos domingos antes de poder comentar algo tan sencillo como «Creo que va a llover». Solo los grandes multimillonarios podrían decir lo que se les antojase. Y los diccionarios se guardarían dentro de una caja fuerte. Afortunadamente, las palabras, de momento, son completamente gratuitas.

Bien, no todas. Las palabras de Amanda, por ejemplo, tenían un precio: a osito de goma la letra. Eso es lo que se pagaba en la primera tienda de palabrotas del mundo.

El negocio se convirtió en un éxito desde el primer día.

Amanda había copiado las palabras de Marcia en la última hoja de su cuaderno de lengua, y allí tenía su pequeño almacén. No importaba que hubiera cometido algunos errores, y que donde debía decir «moco» pusiera «mono». De hecho, lo que las palabras significasen era lo de menos para los clientes. Lo importante era que coleccionar aquellas palabras les hacía sentirse poderosos. Mucho más que coleccionar cromos.

Si el almacén de Amanda estaba en su cuaderno, la tienda era su propio pupitre:

—¿Qué tipo de palabra te interesa? —preguntaba la niña con un aire muy profesional.

—Viene mi tío de Canadá a visitarnos —explicaba el comprador—, y si no digo algo horrible no se fijará en mí. Se pasará la tarde hablando con mis padres.

—Vamos a ver… —Amanda repasaba su lista—. Creo que esto te puede servir. Una frase de tres palabras. Dieciocho letras y un descuento especial. Quince ositos.

Las palabras se servían en un papelito doblado.

Algunos niños necesitaban las palabras para llamar la atención de sus padres. Otros, para sentirse mayores que sus hermanos. Todos, para partirse de risa.

El único que no se reía con el negocio de Amanda era Ralph:

—Antes o después te meterás en un lío —repetía su amigo, meneando la cabeza.

—¿Por qué? Son solo palabras…

—Palabras prohibidas —le recordó Ralph—. No se pueden decir.

—¿Entonces para qué están? Y los mayores se las dicen. Yo lo he oído.

—¡Porque siempre están enfadados! Además, ahora también me las dicen a mí. Ayer en el recreo empujé a Fred sin querer, y me gritó que me fuera *allí* .

—*¿Allí* , a dónde? —preguntó Amanda, extrañada.

—A… a… ¡a esa palabra tuya que nunca recuerdo! ¡Y todo por tus malditos ositos!

No era solo por los ositos. Amanda había comenzado a interesarse de verdad por las palabras. Por *todas* las palabras. A menudo le daba por pensar sobre lo extrañas que resultaban y, junto a su lista, anotaba cosas como:

• *¿Cuál fue la primera palabra? ¿Sería la palabra «palabra»?*

• *El orden de las palabras lo cambia todo. Si digo de alguien que es «mono de cara», se alegra. Si le llamo «cara de mono», se enfada.*

• *¿Puede una palabrota ser un sustantivo común individual femenino singular?*

• *El tamaño de una palabra no depende de las letras que tenga. La palabra «mar» es mucho más corta que la palabra «sardina», pero, de algún modo, resulta mucho más grande. NOTA: Revisar mi sistema de precios.*

• *Quien tiene las palabras tiene el poder.*

¿Por qué nunca se explicaban todas estas cosas en la clase de Lengua?

Mientras Amanda reflexionaba, Blanchard y el resto de profesores del colegio se desesperaban. Las palabrotas flotaban

por todas partes. A menudo las escuchaban a media voz a la vuelta de cada esquina, susurradas al fondo de la clase, aulladas a la salida del colegio. Los padres se quejaban de que sus hijos llegaban cada tarde a casa con una grosería nueva. Las palabrotas ensuciaban el aire de los pasillos y las puertas de los retretes. Sin embargo, nunca conseguían pescar al que las decía. Todos negaban haber abierto la boca. Era como si la palabrota se hubiera dicho sola.

Quien tiene las palabras tiene el poder .

9

Ralph eligió el peor momento del mundo para acordarse del lugar al que Fred le había mandado en el recreo. La cosa sucedió así:

Fuera de clase, las nubes formaban grandes racimos grises. Se avecinaba otra tormenta. Dentro de clase, las cosas no iban mucho mejor. El señor Blanchard había pasado de los sustantivos a los adjetivos, de los adjetivos a los adverbios, y de los adverbios a los pronombres, pero todo seguía sonando exactamente igual. Enormes bostezos negros florecían entre los pupitres cada poco tiempo.

—…y por eso los llamamos «pronombres indefinidos». —Blanchard tomó aire durante medio segundo—. Ahora, vamos a corregir vuestros deberes.

Se produjo un pequeño alboroto de cuadernos y estuches. Amanda localizó la página con sus ejercicios y desenfundó su bolígrafo rojo. A su izquierda, Ralph había roto a sudar de repente. O acababa de pillar la gripe o se había olvidado de hacer los deberes.

—Ejercicio uno —dijo el profesor—. «Escribe sustantivos singulares de tres, cinco, siete y nueve letras». No creo que hayáis tenido problemas con esto. ¿De tres letras?

Varias voces se levantaron: «Pez». «Bar». «Sol». «Pan». De reojo, Amanda veía a Ralph mordisquear su boli con nerviosismo.

—De acuerdo. ¿Sustantivos de cinco letras?

«Libro». «Pared». «Ganso».

—Bien —Blanchard señaló a una niña—. Johanna, dinos un sustantivo de siete letras.

—Caldero.

Ralph había dejado de morder el boli y empezaba a morderse la lengua, a la búsqueda desesperada de palabras de siete letras.

—C-A-L-D-E-R-O. Perfecto, siete letras. Dinos otra, Luke.

—Eh… *Ospital.*

—Hospital tiene ocho letras. ¿No sabes contar o es que la «h» no es una letra? Otra.

—Pues… ehm…

—Pues otra vez no has hecho los deberes, y ya está. ¿Te has dado cuenta de que «suspenso» también tiene ocho letras? Trae tu cuaderno.

El desafortunado niño le alargó el cuaderno a Blanchard, y el maestro estampó un bonito punto negativo en la última página. Había otros cuantos haciéndole compañía.

—Bien. Ejercicio número dos —Blanchard bajó la vista hacia el libro y se corrigió rápidamente—. Ah, bueno. Nos quedan los sustantivos de nueve letras. Hmm… ¿Ralph?

El niño se quedó paralizado. Una gran gota de sudor colgaba de la punta de su nariz.

—¿De nueve letras? —fingió consultar la página en blanco del cuaderno—. Sí, a ver…

Bajo la penetrante mirada del profesor, el cerebro de Ralph daba vueltas como la rueda de un hámster. Por más que giraba, solo parecía venirle a la mente una palabra. A Amanda

le asaltó una terrorífica sospecha. «No irás a decir *eso* », pensó.

—No podemos esperar todo el día, Ralph. No has hecho los deberes, ¿verdad?

—¡Sí! Con nueve letras, con nueve letras… —Ralph se rindió—. Pues… §×@¤$ø#µ&.

Blanchard pareció no creerse lo que acababa de escuchar.

—¿Perdón? ¿Qué palabra has dicho?

—§×@¤$ø#µ& —repitió Ralph, y luego, intentado excusarse, añadió—: Me la dijo Fred.

—¿Y bien, Fred? —Nunca habían visto a Blanchard tan enfadado.

—¡Yo se la oí a Louis!

—Louis, ¿le dijiste tú esa palabra?

—La escribió Johanna.

—¡Johanna!

—Amanda me la… vendió.

—¿Amanda? —el profesor pareció sinceramente sorprendido.

—Me la dijo mi muñeca —contestó la niña con timidez.

—Trae aquí tu cuaderno —murmuró Blanchard.

10

La tormenta que había estallado en casa de los Banks era aún peor que la que descargaba tras las ventanas.

Su madre tronaba:

—¡¿No te dije que no se te ocurriera repetir esa palabra nunca más?!

Su padre, en cambio, tenía la voz nublada:

—Pero, hija…, ¿te das cuenta del lío en el que te has metido?

Vera aullaba en su cuna, alarmada por los gritos.

Amanda, por último, tenía los ojos humedecidos.

No recordaba con exactitud lo que había sucedido después de clase de Lengua. Blanchard sacándola del aula de la mano, un pasillo vacío, tres golpes en una puerta verde, una llamada telefónica, caras severas, sus compañeros mirándola recoger su mochila… Aquellos recuerdos no parecían más reales que las imágenes de una película.

Su madre seguía tronando:

—¡…y si solo hubiera sido esa palabra! ¿Sabes la vergüenza qué pasamos cuando nos enseñaron todo eso que tenías escrito? —La mujer, rabiosa, agitó el cuaderno en las mismas narices de Amanda—. Por última vez… ¿de dónde has sacado tantas cosas feas?

Amanda sabía que había sido mala, pero por nada del mundo quería convertirse también en una traidora. Con los hermanos se tiene una lealtad especial, incluso si no te dejan usar el ordenador o si dicen «¡Jo!» todo el tiempo. Por eso no delató a Marcia. Su hermana ya estaba bastante furiosa por no haberle traído noticias del hermano de Bilis.

—De mi muñeca.

—¿Otra vez la dichosa muñeca?

Su madre agarró el juguete y le pellizcó el cuello:

—Qué bien lo pasamos siempre juntas, ¿a que sí?

—¿Eso es lo que tu llamas palabrotas, Amanda? —preguntó el señor Banks.

Dichosa muñeca. Nunca decía lo que uno necesitaba cuando lo necesitaba.

—Pues que sepas —siguió su madre—, que he llamado a tu madrina para contárselo todo, y cualquier día de estos vendrá para ver lo mala que te has vuelto. ¡Y ay de ti si para entonces no has aprendido a comportarte! Ya verás… ¡te va a lavar la boca con jabón!

Amanda no pudo aguantar más, y dos grandes lagrimones rodaron mejillas abajo hasta su barbilla. Su padre se acercó y le acarició suavemente las coletas.

—Bueno —dijo—. Creo que Amanda ya ha aprendido la lección, ¿verdad? Ya sabe que esas palabras feas es mejor olvidarlas.

¿Olvidarlas? ¿Cómo se hace para olvidar una palabra? Después de lo que había ocurrido, Amanda no se veía capaz de olvidar ni una sola letra.

En aquel momento, sonó el teléfono, y Amanda se quedó

sola con el bebé. Sus padres estaban enfadados por lo que había dicho. Marcia, por lo que no había dicho. Su muñeca no decía lo que tenía que decir. Y la madrina quería lavarle la boca con jabón para que no dijera nada más. Amanda pensó que, en aquel momento, solo le apetecía hablar con alguien que no supiera decir nada. Sonrió a su hermana y le acarició la tripa.

—¡Gu! —exclamó la pequeña, reconociendo la sonrisa desdentada de Amanda.

«Gu está bien —pensó Amanda—, pero mejor no aprendas ni una palabra más».

Sus padres regresaron al comedor. El enfado parecía haberse convertido en disgusto.

—Amanda —dijo su padre, respirando hondo—, parece que no vamos a poder olvidar todo esto tan rápido. Han llamado del colegio. Tu profesor y la directora creen que tú eres la culpable de esa nueva moda de las palabrotas. Tienen un enfado soberbio.

—¿Qué significa «soberbio»? —preguntó Amanda, esperando lo peor.

—Significa que tienen un enfado formidable.

—¿Entonces van… van a expulsarme del colegio?

—No —le tranquilizó el señor Banks—. Pero quieren trasladarte a la clase para alumnos... ejem... con conductas peligrosas.

11

A las nueve de la mañana, después de subir y bajar un montón de escaleras y de andar y desandar un montón de pasillos, Amanda encontró por fin su nueva clase más allá de los lavabos del tercer piso. Respiró hondo, abrió la puerta y entró.

Y resultó que no había nadie.

Al parecer, cuando uno es «peligroso» no necesita ser puntual. Tampoco había ningún profesor allí.

Amanda eligió un sitio en la primera fila y se sentó. En la clase no había pupitres, sino una especie de incómodas mesitas adosadas al brazo derecho de cada silla. Por las ventanas solo se alcanzaba a ver una tapia de ladrillos donde alguien había estado practicando su puntería escupiendo. Los alumnos peligrosos tampoco parecían necesitar bonitas vistas. Por el estrecho hueco entre el muro y las ventanas caía un fino aguacero. Olía a lluvia, a luz fluorescente y a lejía en las baldosas.

Al poco, empezaron a llegar los otros. El primero fue un chaval bajito que bizqueaba horriblemente detrás de sus gafas, atadas a la cabeza con una goma. Sin ni siquiera mirar a Amanda, dejó su mochila y se sentó a pintarrajear su mesa con un lápiz sin punta. ¿Es que tampoco podían usar papel los alumnos peligrosos?

Después llegaron tres niños más. Un chaval con gorra que se sentó apoyando los pies en el asiento de delante, y un chico y una chica que abrieron la puerta de una patada. Si los primeros no habían dicho una palabra, estos dos hablaban por los cuatro. Reían y discutían a voz en grito y, de vez en cuando, se

lanzaban el estuche a la cabeza o golpeaban las ventanas con el puño. El ruido parecía tranquilizarlos.

Amanda, atemorizada, fingía buscar algo dentro de su mochila, aunque no sabía qué.

Por fin, justo después de Bilis, entró la profesora. Y eso era todo. Sin contar a Amanda, la clase para alumnos con conductas peligrosas solo tenía cinco alumnos. Los cinco siguieron los pasos de la maestra hasta su mesa con una mirada que era mitad aburrimiento y mitad odio.

Bilis solo echó un breve vistazo a Amanda, y luego se colocó justo detrás de ella. La profesora, justo delante. La niña se sintió rodeada.

—¿Amanda Banks, verdad? —preguntó la mujer, y continuó

sin esperar una respuesta—. Yo soy la señora Garret…

—Hola —dijo Amanda educadamente.

—… y mientras esté aquí no le voy a permitir ni una sola broma. ¿Está claro?

Amanda se quedó congelada. A veces la habían regañado por hacer cosas malas. A veces, incluso, por hacer cosas buenas. Pero nunca jamás la habían regañado antes de hacer nada en absoluto. Tampoco recordaba que la hubieran llamado nunca de usted.

Entonces la niña se dio cuenta de que la mirada de odio y aburrimiento de los alumnos no era nada comparada con el profundo disgusto que transmitían los ojos helados de la señora Garret. ¡Aquella mujer odiaba estar allí! A su lado, el señor Blanchard era el payaso que reparte globos a la entrada de un circo.

—¡Silencio! —gritó la maestra—. ¡Vamos a empezar la clase!

Aquello, más que una clase, era la guerra. Los alumnos pintarrajeaban las mesas, arrojaban al aire gomas y sacapuntas, tarareaban canciones o, simplemente, se apoyaban en un codo para echar un sueñecito. Cualquier cosa menos mirar a la pizarra.

Mientras los niños amenazaban con matar de rabia a la señora Garret, la señora Garret amenazaba con matarlos de aburrimiento. Copiaba y copiaba enormes multiplicaciones en el encerado, repetía que eran todos unos inútiles y unos criminales, repartía negativos a puñados y, cada vez que se enfadaba, añadía un nuevo ejercicio a la lista de deberes. Y ya iban veintidós. Amanda se afanaba en tomar nota de los ejercicios, sin saber que en aquella clase nadie hacía los deberes.

Lo que más sorprendía a la niña eran las palabras que se usaban una y otra vez en aquella clase. No eran exactamente palabrotas, pero no sonaban nada bien: «Qué asco de libro». «Quien no sepa resolver este ejercicio es un mentecato». «Sal a la pizarra o te enteras». «No me da la gana». «Ojalá llueva tanto que se hunda el colegio».

¿Así quién podía aprender nada?

Al fin sonó el timbre del recreo, pero diluviaba y era imposible salir al patio. Los niños se quedaron allí, algo más calmados después de que la señora Garret abandonara el aula, sofocada y sudorosa. Algunos curioseaban junto a la silla de Amanda.

—¿Tú eres la de las palabrotas, no? —le preguntó al fin la única chica de la clase.

—¡Di una! —dijo el chico ruidoso que la acompañaba—. Di la peor palabrota que sepas.

—Bueno…

—Yo soy Ruth, y este se llama Wan, pero es mejor llamarle «Chino». ¡Chino, di algo!

Wan saludó levantando un poco la barbilla.

—Hola, Wan —saludó Amanda.

—«Hola, Chino» —le corrigió Ruth, pero Amanda no quería llamarle así. Aquello sonaba peor que cualquier palabrota que se le pudiera ocurrir.

—Venga, que diga ya la palabrota —insistió Wan, impaciente.

Amanda dudó. Había prometido ser buena, pero también tenía miedo.

—§×@¤$ø#µ& —murmuró al fin, esperando una gran carcajada.

Los demás, sin embargo, no parecieron impresionados. Más bien al contrario.

—¿Esa es *la peor* que conoces? ¡Bah! ¿Has oído eso, Bilis?

Amanda sospechó lo que había pasado. Billy se había encargado de extender la palabrota en clase y, como una comida picante que se toma muy a menudo, ya no sabía a nada. En aquella clase, decir «§×@¤$ø#µ&» era tanto como decir «fresas con nata».

En aquel momento Bilis, que hasta entonces había permanecido callado, soltó:

—Mejor no le digáis nada. ¿No os habéis enterado de por qué la han mandado aquí? Esta pirada solo habla con sus muñecas.

Fue entonces cuando estalló la carcajada.

12

Billy Cooper se había vengado. Así, en un solo día, Amanda pasó de ser «la niña de las palabrotas» a «la pirada de la muñeca». Mientras que para los profesores solo era una niña mala que les engañaba haciéndose la buena, para sus nuevos compañeros solo era una niña buena que se hacía pasar por mala. No era de los suyos.

—¿Alguien ha hecho este problema? —preguntaba la señora Garret copiando algo en la pizarra con cara de acelga.

—La muñeca de Amanda —cuchicheaba alguien a su espalda.

—¡Amanda Banks! —chillaba la maestra—. ¡Conmigo ni un chiste!

—Yo no he dicho nada… Ha sido Ruth.

—¡No, ha sido su muñeca!

—Sí —añadía Wan con voz de tocadiscos—. Fui yo. ¡Soy la muñeca cursi de Amanda!

La niña sufría sin decir nada bajo la mirada indiferente de la señora Garret.

Hasta que, un jueves por la noche, Amanda Banks decidió que estaba harta. Al parecer, todo el mundo esperaba que fuera mala. Pues podía serlo.

Aunque aquel día no había invitados a cenar, la niña se levantó de la mesa y se encaminó a su cuarto sin decir nada. El señor Banks se preocupó un poco.

—Amanda, tienes la tele libre. ¿No quieres ver tu programa?

—No —contestó la niña, sin darse la vuelta.

—Bueno…, eh…, ¿y qué tal en tu nueva clase?

—Bien —Amanda desapareció en la oscuridad del pasillo.

—¡¿Bien, bien?! —gritó su padre.

—Bien, bien, bien —dijo ella, dando un portazo que hizo temblar la casa.

La niña cerró la persiana, apagó la luz y encendió su linterna. Luego cogió su muñeca y unas tijeras.

«Ahora van a ver lo cursi que es mi muñeca», se dijo.

De un par de tijeretazos, cortó el cabello del juguete, que se quedó con los pelos de punta, como si estuviera asustada al ver lo que estaba ocurriendo. Luego Amanda rescató de su caja de pinturas una cera blanda de color verde, la aplastó entre sus dedos y la untó sobre los pocos pelos que le quedaban a la muñeca. Con un rotulador negro le pintó unos cercos oscuros alrededor de los ojos. También le quitó su brillante vestido y lo sustituyó por un trozo de calcetín viejo atado con el cordón de un zapato.

En un ataque de inspiración de última hora, Amanda le arrancó a la muñeca el brazo izquierdo y la pierna derecha, y los cambió de posición. El resultado era espeluznante.

A la mañana siguiente, metió su muñeca en la mochila y se dirigió al colegio. Como nadie quería sentarse a su lado, la niña colocó la muñeca en la silla de su izquierda. Fue sin duda la alumna más atenta que había tenido jamás la señora Garret.

Lo malo es que la maestra no tardó ni medio minuto en darse cuenta.

—¡Amanda Banks! ¿Qué es ese monstruo? Guarde sus juguetes para el patio.

—No —contestó Amanda, acariciando sin prisas el pelo pringoso de la muñeca.

—¿Cómo que no? ¡Métala en su cartera ahora mismo!

—¡No!

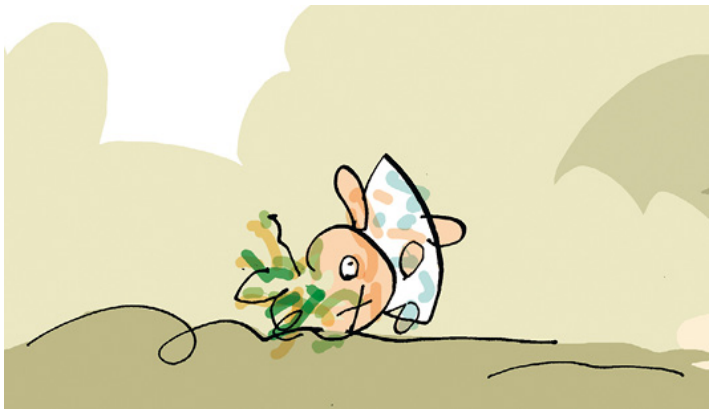
Fue entonces cuando, inesperadamente, Bilis salió en defensa de Amanda. O, al menos, de su muñeca. Tal vez lo hizo

solo por fastidiar a la señora Garret, pero lo hizo:

—Déjela en paz —dijo, cogiendo el juguete—. La muñeca no le está haciendo nada.

—¡Tú cállate y suelta mi muñeca! —saltó Amanda, fuera de control—. ¡Estás loco!

Amanda agarró la brazo-pierna de su muñeca y los niños comenzaron a forcejear. Ruth y Wan gritaban, enloquecidos. Al fin, Amanda sintió que alguien la sujetaba con fuerza por la nuca. En aquel momento comprendió que cuando a uno le aprietan el cuello, lo que menos le apetece decir es algo como «¿Y si jugamos a las princesas?».



Cuando los niños se calmaron, la señora Garret aflojó la presión de sus manos.

—¡¡¡Los dos, ahora mismo, al despacho de dirección!!!

13

Sentados codo con codo en un banco del pasillo, Amanda Banks y Billy Cooper esperaban en silencio a que les recibiera la directora del colegio.

Amanda miraba al frente sin atreverse a mover ni una coleta. Sentía que las miradas de curiosidad de la poca gente que pasaba por allí le abrasaban la coronilla. Billy, sin embargo, se entretenía en desenroscar un tornillo suelto del banco. Cuando por fin cayó al suelo, el chico se puso a jugar al fútbol con él. No parecía preocupado.

—¡Te echo un partido! —la retó, como si no hubieran estado a punto de pegarse.

—¿Cómo consigues que todo te dé igual? —preguntó Amanda con amargura.

Bilis apenas la miró. Estaba demasiado pendiente de su pequeño partido.

—Pues porque soy tonto. Y malo.

Por un momento, Amanda se olvidó de que estaba junto al despacho de la directora, esperando turno, como en la pescadería, para recibir la bronca de su vida.

—No creo que seas tonto —dijo. Le hubiera gustado añadir también «ni tampoco malo», pero de eso no fue capaz.

—Claro que sí. ¿Por qué estoy si no en esa clase? Es la clase de los tontos y los malos.

—No —se ofendió Amanda—. Es la clase para alumnos con conductas peligrosas.

—Bah. Eso es solo una manera bonita para decir que somos tontos y malos. No son más que palabras que se usan para no decir la verdad.

—No puedes ser tonto si has pensado eso tú solo. Y yo tampoco soy tonta. —Luego suspiró con desánimo—. Ni siquiera me sale ser mala.

Bilis dio un patadón al tornillo, que se perdió pasillo adelante.

—¿Qué más da? —dijo, sentándose de nuevo junto a la niña —. Anda, dime una palabrota.

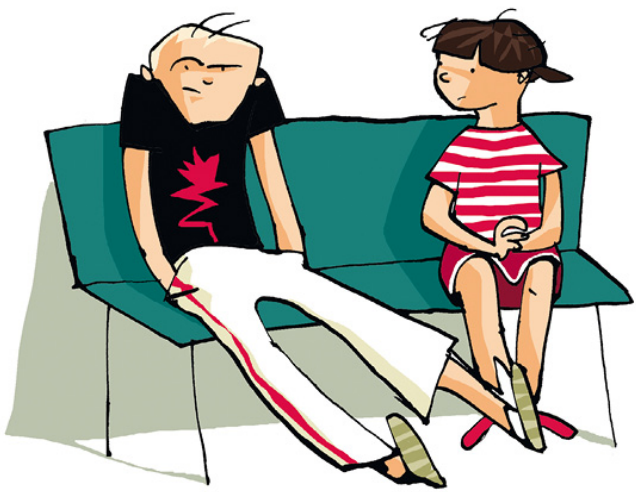
—¡Qué pesados estáis todos con las palabrotas! ¿Creéis que tengo una fábrica?

—Venga, solo una.

Amanda resopló. Con aquel chico no se podía discutir. Pero pensó que quizá era un buen momento para averiguar algo que tenía pendiente.

—Estate quieto. Te diré una palabrota si antes hablamos un poco.

—¿Hablar de qué?



—No sé, de cualquier cosa —La niña se miró los pies—. ¿Tienes hermanos?

—Un hermano mayor —contestó Bilis—. Pero es un imbécil.

—Ah. Entonces, perfecto.

—¿Perfecto por qué?

—Por nada. ¿Cuántos años tiene?

—Catorce. ¡¿Por qué?!

—¡Por nada, solo estamos hablando! ¿Qué le gusta hacer a tu hermano?

—Y yo qué sé —Billy se encogió de hombros—. Hablar de chicas y de zapatillas. Meterse conmigo. ¡Yo qué sé!

—Perfecto —repitió Amanda, tomando nota mental de aquellos detalles—. ¿Ves? Hablar no es tan difícil.

—Sí, sí, lo que tú digas. Ahora, mi palabrota.

—Hmm…, bueno. —Amanda apretó los ojos e hizo memoria. Luego le hizo señas a Bilis para que se acercase. No tenía la más mínima intención de decirle una palabrota.

Como si temiera que alguien la escuchara, se inclinó lentamente sobre la oreja de Billy Cooper y le cuchicheó: «Soberbio».

—¿Soberbio? —repitió el chico—. No lo he oído nunca. ¿Qué quiere decir?

—Verás —fue improvisando Amanda—, «berbio» es algo así como «imbécil», pero peor. Así que si llamas a alguien «so berbio» es como decirle «so imbécil» o algo parecido.

—*So berbio* —paladeó lentamente Bilis—. ¡Soberbio!

—Cállate. No querrás que encima nos expulsen.

La puerta del despacho se abrió a su espalda.

—¿Cooper y Banks? —dijo una voz—. Podéis pasar.

14

Castigada sin salir. Castigada sin el programa de los jueves. Castigada sin muñeca y sin lombrices.

—¡Y la semana que viene vendrá tu madrina a casa! Está muy avergonzada. Vas a tener qué explicarle muchas cosas, empezando por lo que le has hecho a tu pobre muñeca.

Amanda no protestó. Al contrario. Sin decir nada a nadie, ella misma añadió al castigo muchas otras cosas: castigada sin ositos de goma, castigada sin correr a buscar a Ralph en los recreos, castigada sin entrar a la habitación de Marcia y castigada sin quejarse de su nueva clase. Se pasaba la mañana escuchando en silencio a la señora Garret y hacía cientos de deberes por la tarde.

Tal y como estaban las cosas, lo único que quedaba de su pequeño mundo era Bilis.

No es que se hubieran hecho amigos. Al menos, no *muy* amigos. Sin embargo, hay cosas que dos personas no pueden hacer juntas sin que entre ellas surja una unión especial. Y una de ellas es aguantar la bronca de una directora furiosa.

Al principio, Amanda solo pretendía averiguar más cosas sobre su hermano mayor, pero, poco a poco, se fue interesando por el propio Billy. Aún no sabía si era malo, pero desde luego se le daban fatal las conversaciones. Prefería aplastar hormigas y desenroscar tornillos. Cuando al fin conseguía arrancarle unas cuantas frases, siempre acababan llegando al mismo punto:

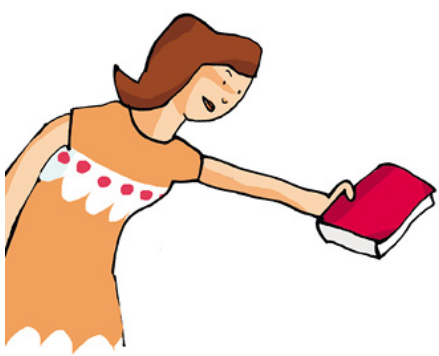
—Ya hemos hablado bastante. Dime una palabrota.

Un día, cansada de que cualquier conversación terminase ahí, decidió que, en realidad, podía darle a Bilis muchas más

palabrotas. Tantas como le diera la gana.

—¿El castigo me prohíbe usar el diccionario? —preguntó aquella tarde a su madre.

—Bueno…, no —contestó la señora Banks, asombrada—. Claro que no. Ven, te daré uno.



La señora Banks le entregó un pequeño diccionario de tapas rojas y gastadas.

Amanda se tumbó boca abajo en su cama y lo abrió por una página al azar. La niña se sorprendió un poco. De cada cinco de aquellas palabras, al menos había una que no había escuchado jamás. Se detuvo a examinar las que le sonaban más terribles.

BISOÑÉ: *Peluca que cubre solo la parte delantera de la cabeza.*

CARDAMOMO: *Planta medicinal y aromática de sabor algo picante.*

DENGUE: *Enfermedad contagiosa típica de climas tropicales.*

¿Quién decía que todas aquellas palabras raras no podían ser palabrotas? Todo dependía de cómo se dijeran.

Al día siguiente, Billy le confesó que su hermano solía llamarle «mocoso apestoso».

—Bueno —repuso Amanda sin darle importancia—. Pues llámale «dengue de merengue».

—¿Y qué narices es un «dengue»?

—«Dengue» es algo podrido y asqueroso. Algo que te hace vomitar con solo olerlo.

—¿En serio? —el chico pareció entusiasmado.

—Míralo en el diccionario si no me crees.

Amanda estaba segura de que sus lombrices aprenderían a traerle las zapatillas antes de que Billy Cooper se atreviese a abrir un diccionario.

Durante la semana siguiente, Amanda trabajó con su diccionario rojo cada tarde: *Morrocotudo. Insólito. Alifafe. Mordaz. Cabriola. Barahúnda. Perogrullo. Ábaco. Estrambote. Fécula. Latifundio. Tachuela. Cándido. Tugurio. Cojinete.*

Lo más difícil era inventarse un significado nuevo para cada palabra.

—Esta me suena… —mintió Billy—. «Cardamomo».

—«Cardamomos», como su propio nombre indica, son los

que cardan el momo.

—Ya. ¿Y qué es «cardar el momo»?

—Hacer el payaso.

—¿Seguro?

—Seguro.

El chico se quedó pensativo un momento.

—Yo soy un poco cardamomo, ¿verdad?

—Un poco bastante —contestó Amanda.

—¿Qué pasaría si le soltase a la Garret alguna de estas cosas? Podría decirle que es una… una mordaz barahúnda insólita, ¿no? ¿Qué tal te suena?

—Mejor no le digas nada —suplicó Amanda.

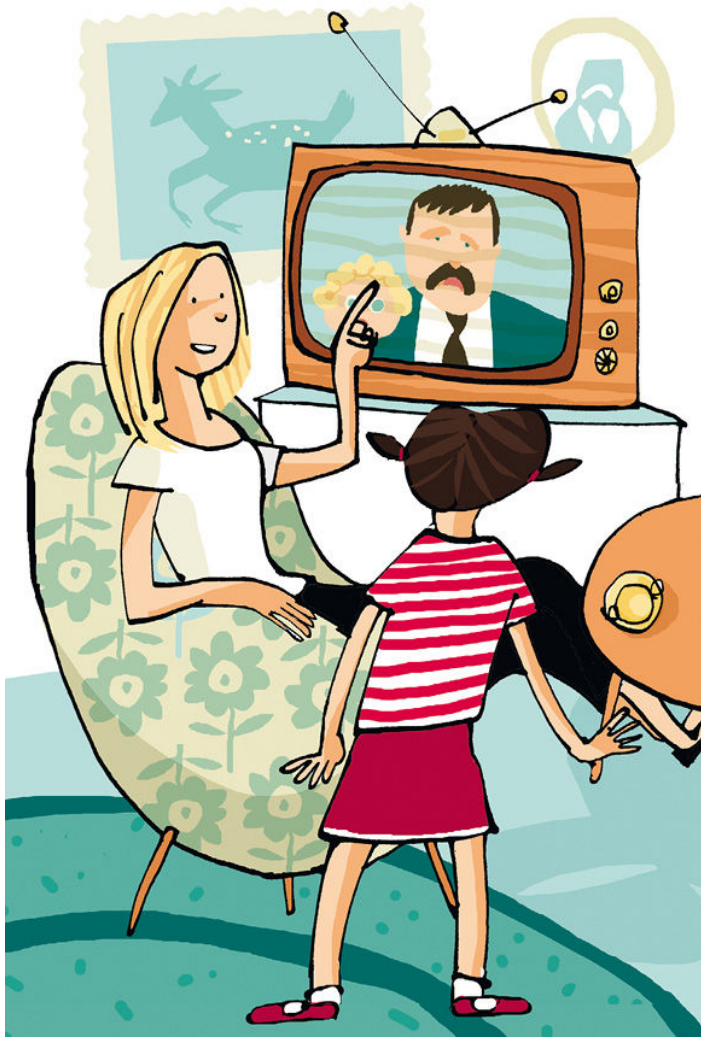
A la niña no le preocupaba solo su propio castigo. Tampoco quería que Billy se metiera en líos. A pesar de todo, creía que merecía una oportunidad. Y aprendía deprisa.

Aquella misma noche, Amanda decidió que había llegado el momento de decirle a Marcia que no pensaba averiguar nada más sobre el hermano de Billy Cooper. Ser espía se le daba tan mal como ser mala o traidora.

Su hermana estaba embobada frente a la televisión encendida.

—Marcia, tengo que decirte una co…

—¡Calla, calla! Juraría que tu muñeca está saliendo por la tele.



Amanda se volvió hacia el televisor. En efecto, un señor de pelo blanco sostenía entre sus manos una muñeca idéntica a la suya, salvo que a esta nadie le había teñido el pelo de verde.

GEORGE MCMILLAN. Director General de la Compañía de Juguetes McMillan , decían unas letras en la parte inferior de la pantalla. Parecía nervioso.

—… una-a partida de muñecas defectu-tuosas —tartamudeaba el director—. Debido a este fallo técnico,

algunas de nuestras muñecas po-podrían contener lenguaje mal… ejem… malsonante e inapropiado para los niños. Desde McMillan queremos pedir disculpas a todos los compradores. Na-naturalmente, se les devolverá el importe íntegro del precio, además de un lote gratuito de juguetes que se enviará sin coste alguno a…

El volumen del aparato fue disminuyendo. Desde la puerta del comedor, el señor Banks sostenía el mando a distancia y miraba a la pantalla con los ojos muy abiertos.

—Hay que llamar al colegio —dijo—. Tú tenías razón, Amanda. ¡Fue tu muñeca!

15

Los últimos minutos... de la última hora… del último día de Amanda en la clase para alumnos peligrosos, estuvieron dedicados a la lectura. Leían en voz alta *Alicia en el País de las Maravillas* , de Lewis Carroll. O, al menos, lo intentaban. A Amanda le pareció muy apropiado. Igual que a Alicia, a ella tampoco habían dejado de ocurrirle cosas absurdas.

Ruth había llegado al final de una página y le pasó el libro a Billy, que leía formidablemente… mal. Tartamudeaba, se perdía continuamente, y hacía cientos de pausas en cualquier lugar, aunque no hubiese un punto ni una coma. Amanda apenas conseguía enterarse de lo que le estaba sucediendo a la protagonista:

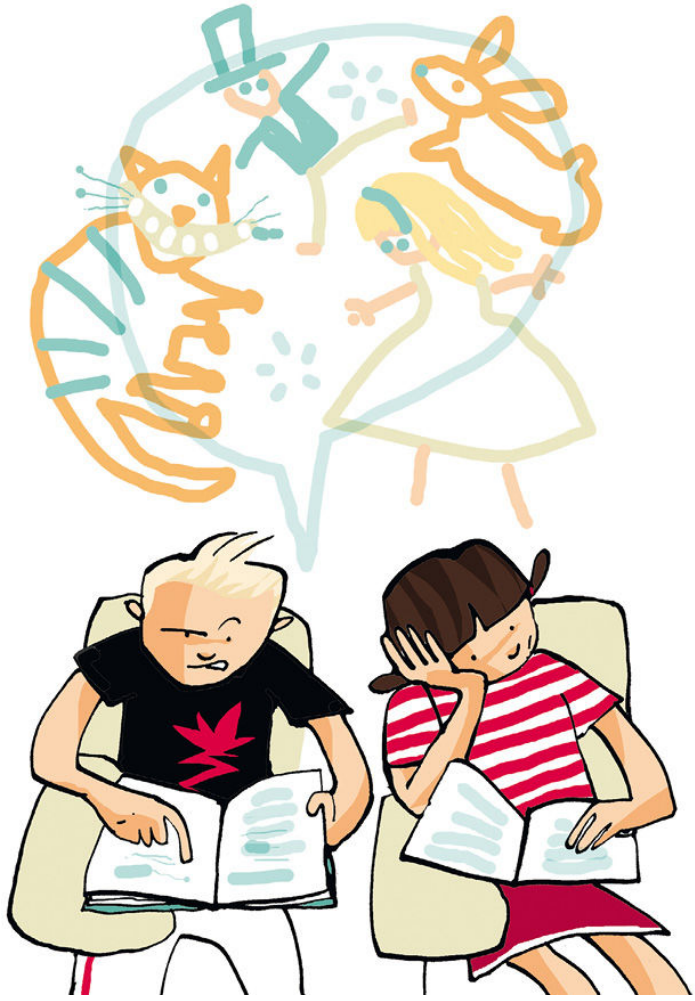
A Alicia le pareció que aquello no admitía discusión, así que probó con otra pregunta:

—¿Qué tipo de gente vive por aquí?

—En esa dirección —dijo el Gato, extendiendo su pata derecha — vive un Sombrerero. Y en esa dirección —y extendió la otra pata— vive una Liebre de Marzo. Visita al que prefieras: los dos están locos.

—Pero yo no quiero tratar con locos —observó Alicia.

—Oh, eso no lo puedes evitar —repuso el Gato—. Todos estamos locos por aquí. Yo estoy loco. Tú estás loca.



Billy tomó una gran bocanada de aire que la profesora aprovechó para interrumpirle.

—Bien, ahora que ya ha destrozado usted el texto, ¿nos puede decir qué le parece?

Billy se encogió de hombros.

—Algo tendrá que decir, ¿no? ¿O es que ni siquiera tiene una opinión?

Amanda apretó los puños. ¿Por qué la señora Garret no podía dar una oportunidad a nadie? «Aguanta, Bilis», pensó.

—Ni siquiera se entera de lo que lee, ¿verdad?

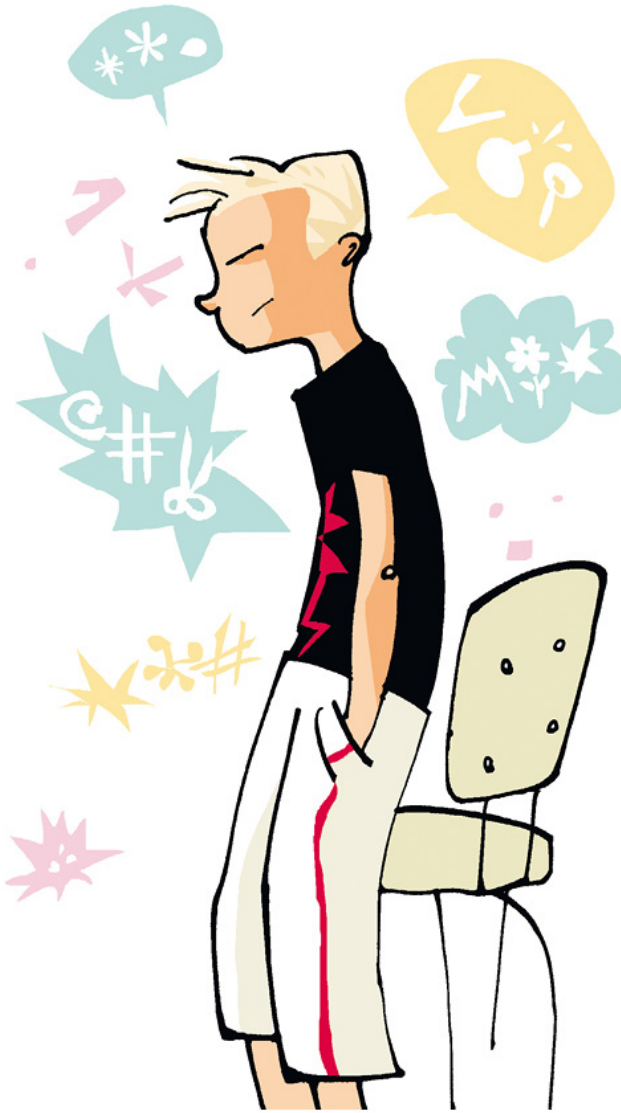
—Sí me entero —mintió Billy, desafiante.

—Entonces díganos qué le parece el libro —repuso ella, más desafiante aún.

—Me parece… me parece que el libro…

Amanda se asustó. Billy tenía en los ojos aquella mirada que ya había visto una vez. La mirada de alguien que se dispone a pisotear un montón de hormigas inocentes.

—Me parece que es un libro SOBERBIO. Muy soberbio —terminó.



La señora Garret levantó las cejas. No era eso lo que esperaba.

—Eh…, bien. Sí, verdaderamente es un libro soberbio. ¿Y por qué se lo parece?

Bilis también levantó las cejas. Tampoco esperaba eso.

—No, yo… yo quiero decir que es un libro…, esto…, un libro mordaz —Billy pronunció muy lentamente aquella palabra que, para él, significaba poco menos que «asqueroso».

—Pues sí que es mordaz. ¿Y qué más?

Bilis estaba ahora totalmente confundido.

—También es… es… es…. ¿¡insólito!?

La señora Garret se empujó sus gafas nariz arriba y se acordó de tragar saliva.

—En efecto —murmuró lentamente—. Aunque aún tiene usted ciertos problemas para usar su nuevo vocabulario, creo que es una buena opinión. Alcánceme su cuaderno.

La señora Garret lo abrió por la última página y, con un bolígrafo rojo, transformó uno de los cientos de puntos negativos que la cubrían por completo en algo diferente.

—¿Qué es esto? —preguntó el chico, examinando de cerca el extraño símbolo.

—Un punto positivo. Bien, sigamos con la lectura.

Cuando la clase terminó, Billy no salió de clase aullando y arrastrando su mochila, como de costumbre. En lugar de eso, se fue directamente a por Amanda Banks.

—¡Tú! —gritó— ¡Tú, pedazo de… *berbia!*

Amanda no pudo menos que sonreír.

—¡No te rías! ¡Me has estado engañando todo este tiempo! Todas esas palabras raras que me decías no eran palabrotas, ¿verdad?

—Pues no —admitió Amanda—. No eran palabrotas.

—¿Y se puede saber que es entonces lo que le he dicho a la Garret? —Amanda le miró extrañada—. Todo eso de que el libro era insólito, mordaz y soberbio.

—Pues le has dicho que el libro era… original, divertido y formidable. Más o menos.

Billy se quedó pensando un momento y miró su cuaderno. Su voz se suavizó:

—¿Y lo he dicho bien?

—¿Cómo que si lo has dicho bien?

—Que si el libro es divertido, formidable y orgi… original.

—¡Tú sabrás! Tú también lo estás leyendo, ¿no?

—Lo leo en voz alta. Hacia fuera. Pero no sé leerlo hacia

dentro.

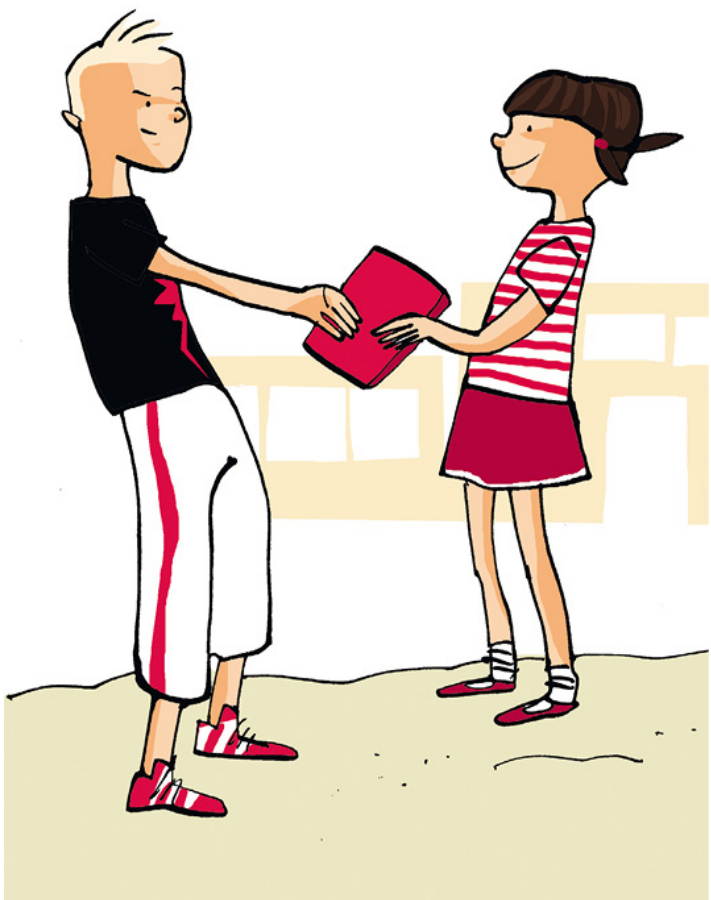
—¿Cómo que no? ¿Por qué?

—Yo que sé. Es difícil… tiene muchas palabras que no entiendo.

—Pero para eso te he traído esto —repuso ella—. Es un regalo para que leas hacia dentro.

Sacó de la mochila el diccionario de tapas rojas y se lo entregó a Billy.

—Úsalo. —Amanda echó un vistazo a su clase por última vez y luego sonrió a su nuevo amigo—. Ahora tengo que irme. ¡Pero recuerda que no te librarás de mí en los recreos!



La niña corrió hasta casa solo por el placer de correr. «Gótico, tugurio, perogrullo», iba tarareando por la calle. «Fécula, tachuela, latifundio», canturreó en el ascensor. «Cándido, cabriola, cardamomo», voceaba al abrir la puerta de casa.

—¡Hola! ¡Hola, cardamomos! ¡Hola, tachuela! ¿Han llegado ya mis juguetes?

Sus padres y su hermana mayor la esperaban sentados en el sofá del comedor. Estaban serios, aunque tranquilos.

—Pues no —contestó su padre—. Pero ha llegado alguien que quiere disculparse.

Amanda se sonrojó ligeramente.

—Ya me habéis pedido perdón.

—Nosotros no —aclaró la señora Banks—. Ha venido tu madrina.

Que no era otra que Pamela Greenwood.

16

Delante de Amanda, sentada en una minúscula silla roja y con las piernas encogidas, la señora Greenwood se sentía un poco ridícula. Y tampoco sabía muy bien qué decir.

—Perdóname, Amanda —repitió por tercera vez.

—Ya he dicho que te perdono —dijo Amanda—. Ehm… ¿quieres un osito de goma?

Pamela suspiró. Siendo actriz, había actuado sobre un escenario delante de cientos de personas, pero no sabía cómo se hablaba con una persona de ocho años.

—Mira, Amanda, es que nunca se me han dado bien los niños. Ya lo habrás notado. Así que creo voy a tener que hablarte como si fueras una mujer mayor, igual que yo.

A Amanda eso no le molestaba en absoluto. Se aseguró de que la puerta de su habitación estuviera bien cerrada, se sentó en la cama y preguntó:

—¿Eso quiere decir que podemos hablar con todas las palabras?

—¿Cómo? Eh… claro… con todas.

—¿Incluso palabras como «pedo de perro»?

—Yo… supongo que sí.

—¿Incluso «pedo de culo de perro»?

—Incluso «pedo apestoso de culo de perro» —se atrevió a decir la señora Greenwood.

Amanda se rio con disimulo y Pamela se relajó. Entonces habló con más aplomo:

—Quiero disculparme por este asunto de la palabrota. No sabes cuánto me arrepiento.

—¿Te arrepientes de haberla dicho o de que yo la haya

oído?

—Pues no sé. Supongo que me arrepiento de haberla dicho.

—Pero a ti no te regañaron cuando la dijiste, ¿no?

—No, claro que no. —Pamela buscó una postura más cómoda—. Qué cosas preguntas.

—Pues a mí sí. Me regañó Ralph, me regañaron el señor Blanchard y la señora Garret, me regañó la directora del colegio y me regañaron mis padres.

—Ya comprendo. Pero entiende que quizá toda esa gente solo quiere protegerte.

—¿Protegerme de *qué?*

—Pues de las cosas feas del mundo. De las palabrotas, de los enfados, de la violencia, de la maldad... Qué se yo. Las palabrotas pueden ofender a la gente, pueden hacerles sentir mal y pensar que no te han dado una buena educación. ¿Estoy usando palabras demasiado difíciles?

—No —contestó Amanda, pensativa—. Pero esas cosas malas seguirán estando ahí, ¿no?

La señora Garret empezó a sentirse agotada. ¿Todos los niños eran así?

—Mira, Amanda, las palabrotas no se deben decir, y ya está. No te preguntes más.

—¿Pero de qué sirven las palabras que no se pueden decir? ¿Para qué están ahí?

—Pues… pues para… para…

—¿Y quién decide qué palabras se pueden decir y cuáles no?

—Pues…

Pamela se quedó callada y contempló el cuarto de Amanda. Se daba cuenta de que apenas conocía a su ahijada. Y, sobre todo, de que no se había molestado en conocerla.

—¿Sabes? Me parece que no vamos a poder resolver todos estos asuntos en una sola conversación. Voy a tener que venir a verte más a menudo para que charlemos.

—Vale. Pero antes tienes que ver mis lombrices. Ya tengo diez.

Amanda y su madrina destaparon la caja de bombones y estuvieron contemplando las lombrices hasta que empezó a atardecer. Entonces la niña se acordó de algo.

—Pamela, ¿puedo hacerte una última pregunta sobre palabrotas?

—Veamos.

—Esa palabra… la palabra de nueve letras… la que se grabó por error en la muñeca…

—Sí… —la mujer se mordisqueó una de sus uñas rojísimas, temiéndose lo peor.

—¿Qué rayos significa?

A Pamela Greenwood le entró tal ataque de risa que a poco se cae de la silla.

¡No, no! ¡Se cayó!

Edición en formato digital: octubre de 2012

© Pedro Mañas Romero, 2012
© Ilustraciones: Ximena Maier, 2012
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2012
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid
anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-678-3247-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.anayainfantilyjuvenil.es